

## El declive y la cuesta

Autor / Author

**SALISACHS, Mercedes**

Editorial / Publishing company

**EDICIONES ENCUENTRO, Madrid 2017**

**E**l libro *El declive y la cuesta* fue escrito por Mercedes Salisachs en el año 1966 y acaba de ser reeditado por Ediciones Encuentro. La autora recrea el episodio de la crucifixión de Dimas, el buen ladrón, al lado de Cristo. La profundidad y el dramatismo de la narración no puede dejar indiferente al lector.

Salisachs ha sabido comunicar la angustia y desesperación de una madre que ve cómo su único hijo se dirige al Calvario. En este relato la autora es capaz de ponerse en la piel de Eva, madre de Dimas y de María. Con el clima que crea nos transporta a Tierra Santa en el momento mismo del acontecimiento: «Era un dolor grande, nacía en las muñecas de los verdugos, en la fatiga compartida con el reo, en la soledad de todos ellos; tan profundo era, que parecía venir más allá del cuerpo y del alma. Un dolor sin límites que no podía preverse ni evitarse. Todo cuanto absorbía era dolor. Cada partícula de atmósfera se llenaba de él. Veía correr la sangre por las nalgas y por sus muslos hasta estancarse en el suelo» (p. 126).

A lo largo de la lectura y acompañando la experiencia de los personajes, cada uno de nosotros se enfrenta al *declive*, que se desarrolla en la primera parte del texto; y, después, al ascenso de *la cuesta*, en la segunda parte.

Comienza el libro con el ansiado embarazo de Eva. Antes de dar a luz sucede el desgraciado hecho de la maldición del niño: la mujer, judía observante de las tradiciones, olvida el *sabbat*, y cae sobre Dimas el juramento. Eva, que ve crecer a su hijo sano y sin problemas, no quiere recordar el hecho. El vínculo entre madre e hijo se estrecha a lo largo de los años. Lidia, prima de Dimas, entra en juego convirtiéndose en la prometida del chico. El sueño del joven es hacer fortuna, por eso decide marcharse con Gestas a cumplir su sueño de juventud; solo sería durante doce lunas. En la aldea le esperarán su madre viuda y su prometida.

El tiempo pasa y, cuando llega el ansiado día del regreso, Dimas no aparece. Eva y Lidia callan y ven pasar los años. Es momento de que la joven, que ya no lo es tanto, rehaga su vida junto a Silo, amigo de Dimas, pero la esperanza de ver aparecer al amado frustra la posibilidad de un nuevo amor.

En la casa de Eva se vive la soledad y la desesperación y empiezan los rumores de los vecinos que dicen que Dimas se ha convertido en un criminal. La madre calla, el amor por el hijo no le permite dar crédito a aquellas palabras vacías y sordas. Lidia y Silo le hablan de un nuevo Profeta. Ese galileo tenía que ser el Mesías esperado por los judíos. Pero para Eva nada importa, la felicidad de la madre solo es posible con el regreso del hijo.

El tiempo pasa y aquellos rumores se convierten en ciertos: Dimas ha sido capturado junto con Gestas. Ambos esperan la sentencia que les condene por sus fechorías. Eva no se rinde; aquel nuevo Profeta puede tener una respuesta que libere a su hijo. Sale en su busca y en su recorrido se encuentra con Judas y Juan, pero no logra ver al supuesto Mesías. Silo y Lidia la ayudan en su camino.

Ante la desesperación de una madre que no consigue encontrar al que podía ser el salvador del hijo, decide visitar a Dimas en la prisión. En el momento del reencuentro es donde incomprensiblemente la distancia con el hijo se acentúa más que en los años de separación. A Dimas no le importa estar detenido: reconoce su culpa y debe pagar por ella. El hijo ha descubierto al Profeta, le ha reconocido en el mundo y en ese momento comprende el daño que ha provocado en los otros y en su familia. La pena que le impongan será justa. Él se siente en paz consigo mismo. Eva no entiende qué le ha pasado a su niño: «¿Por qué le negaba aquel último asidero? ¿Por qué no se avenía a continuar fingiendo lo que, en definitiva, ni ella misma había creído? ¿Por qué se empeñaba en destrozarse aquel último vestigio de ilusión que todavía conservaba? El aturdimiento le impedía asimilar por completo aquella confesión de Dimas. Todo se trastocaba después de haberla lanzado» (pp. 77-78). Dimas se ha encontrado con el Profeta e insiste a su madre para que lo busque.

La madre sale de prisión con la determinación de salir en su búsqueda. Todo va a ser en vano. El Profeta también ha sido apresado. ¿Quién salvaría ahora a su hijo inocente? Engañado primero por Gestas y ahora por el falso Profeta, nadie podrá salvarle, nadie podrá librar a su hijo de la crucifixión.

Ahora Eva experimenta la soledad de la desesperanza. Todo está perdido. En este momento la autora muestra el paralelismo de la historia de Eva-Dimas con la de María-Cristo. Incluso existe una sintonía entre los personajes que acompañan el camino del Calvario: Lidia-María Magdalena y Silo-Juan. Otros personajes van apareciendo para completar la historia de la Pasión: Claudia Proela, Pilato, Herodes, Pedro, Nicodemo, Simón de Cirene, José de Arimatea...

La lectura desgarrada acompaña las páginas del libro: duele la flagelación de Dimas y del Profeta; se ve la sangre derramada sobre la columna del martirio y el suelo. Dos mujeres recogen con sus lienzos las últimas gotas de la preciosa sangre de los hijos. El lector quiere que todo acabe y la agonía no ha hecho más que empezar, *la cuesta* se presenta imposible. La cumbre se va a convertir en el ansiado final. No pasan los minutos, el tiempo se detiene en cada letra, en cada palabra, en cada renglón...

El lector empieza a contemplar cada movimiento de los hijos y sus madres. Los ojos de Eva relatan la experiencia y la vivencia tan diferente de la Madre: «Costaba asimilar aquel dolor suyo, tranquilo, desesperadamente pacífico» (p. 216). A través de su mirada, nos convertimos

en testigos del momento. Eva se desangra por dentro, María sufre, pero no se rebela. Dimas y Cristo callan. El hijo ha reconocido la salvación del Hijo, solo falta que su madre se mire en la Madre. El camino al Calvario es necesario, nada es inútil, es la vía dolorosa para la Salvación.

Y caída tras caída, paso a paso, Eva observa y no entiende. ¿Por qué su hijo quería que se encontrara con el Profeta? ¿Qué misterio encierra aquella vida? Eva no logra el encuentro, no con ese hombre encadenado. Sin embargo, la otra Madre va a ser capaz de conducirla al Hijo. La dolorosa serenidad interpela, provoca admiración, sobrecoge. Y en medio de aquel dolor, Gestas, el culpable de todo, permanece solo y ensangrentado en espera de la muerte. Él no tiene madre, él merece su soledad.

Llega el momento temido que se presenta como liberador tras el dolor del camino. En la cima la cruz, las miradas entre los protagonistas se vuelven más poderosas que las palabras: de hijo a madre, de madre a Madre, de Madre a Hijo, de Hijo a madre. Por fin el encuentro, pero no es pleno, en el corazón de Eva anida el rencor; entonces Dimas le pide un último intento: debe perdonar a Gestas, solo entonces su corazón estará preparado para el encuentro con el Hijo: «Únicamente perdonando y compadeciendo a Gestas, podía exigir que Dios la perdonase y la compadeciese a ella. Era una cuestión de aceptar, de someterse. Después (estaba segura), su dolor cedería. Lo veía claramente» (p. 279). Eva confía, Eva perdona, el hijo exhala su último aliento sabiéndose perdonado por Cristo. Eva abraza el dolor, en su vía crucis se libera, se salva por Dimas, por la Madre en el Hijo.

Mercedes Salisachs perdió a uno de sus hijos. También tuvo la experiencia de la soledad profunda de Eva: *el declive y la cuesta*. En el libro ha conseguido traducir en palabras su vivencia y trasladar al lector al único lugar donde el dolor puede ser salvado, donde el sufrimiento se convierte en esperanza: a los pies de la cruz de Cristo: «Y supo que su error había consistido en querer “subir” hasta Dios cuando el propio Dios se disponía a bajar a su encuentro. El hombre nunca hubiera podido ascender sin aquel descenso. Todas las lecciones del mundo se resumían ya en aquella cruz del centro. Todos los caminos del mundo llevaban a ella y partían de ella. Ni los dioses anémicos de Pilato ni el Dios atronador de los fariseos podrían vencer jamás la verdad de aquel hombre que enseñaba a los hombres a morir por amor» (p. 280).■

**MIRÓ LÓPEZ, Susana**

Profesora doctora de Formación Humanística  
Universidad Francisco de Vitoria  
Madrid (España)